

II. C. 2- SACERDOCIO EN CRISTO POR EL BAUTISMO

(Madre Fundadora – Ejercicios Profesión Perpetua 1969 y 1966)

Fui creada, y fui bautizada por eterno plan de Dios sobre mi existencia. Existo porque Dios lo quiso, desde toda la eternidad, y me dio el ser, para ser alma oblata de Cristo Sacerdote, cuyo fin y razón de ser en la Iglesia es dar continuidad a Cristo en su *“rogo et sanctifico”*, ofrecido en sacrificio de Sí mismo, *“pro eis et pro Ecclesia”*. Ese Bautismo, donde yo, inconsciente, pero que luego he ido ratificando con mi consciencia, cuando he renovado las promesas y cuando se ha vivido cristianamente; ese Bautismo donde yo no tuve parte alguna, sino solo la tuvo el Amor de Dios, fue hecho, y quedé entroncada en el Sacerdocio de Cristo, en orden a ser alma oblata de Cristo Sacerdote. En el plan eterno de Dios, ser alma oblata de Cristo Sacerdote es ser capacidad, dar capacidad a ese morir victimal de Cristo, para continuarse, para completar en sus miembros lo que restó, para completar esa única oblación, con que santificó para siempre a los santificados... Ese Bautismo que me injertó en Cristo en orden a ser alma oblata de Cristo Sacerdote, dejó en mi alma con carácter bautismal, la huella de esta exigencia. El ofrecimiento victimal tiene fuerza bautismal en el alma. Y una exigencia que radica de una consagración bautismal es inmutable, exhaustiva, perenne. No puede ninguna circunstancia de la vida -todas previstas por Dios-, ninguna situación de alma -todas previstas por Dios-, no puede nada ni nadie substraerme de lo que es exigencia vital, porque está en Cristo, que es mi Vida.

Ungidos: todo cristiano lo está por el Bautismo. El Bautismo imprime un carácter -unción-, Vida de Cristo, gracia que injerta en Él, haciéndonos una misma Vida en Él, dejándonos asumidas en Él; **participando de Su Sacerdocio; porque en Cristo todo es Sacerdotal, es Sacerdote Eterno**, y participamos de Su Vida, Sacramento que unge, sella.

En ese momento misterioso, en el que, por la administración de un Sacramento, mi ser quedó injerto en Cristo en orden a ser alma oblata de Cristo Sacerdote, quedé consagrada con unción sacerdotal, porque en Cristo todo es sacerdotal, Sacerdote único y eterno; y, entonces, por el Bautismo, quedamos ungidos por esa unción en Cristo, de su gracia, de su ser sacerdotal; hechos vida en su Vida; hechos naturaleza en su Naturaleza. No hay que pensar que tenemos que llegar allí, estamos ya, asumidos allí, injertos en él por el Bautismo, con fuerza de consagración, con sello indeleble, con carácter impreso.

El Verbo, al tomar naturaleza humana por el soplo de Su Espíritu, queda Ungido, Sumo y Eterno Sacerdote, Cristo, y realiza en Su Vida el sacrificio exigido por Su Eterno Sacerdocio. *Con una sola oblación santificó para siempre a los predestinados* (Cf. Hb 10, 14); pero, Sacerdote Eterno, asumiendo en Su naturaleza a la humanidad toda, había de ser hasta el fin de los siglos, **Cabeza del Cuerpo Místico, donde había de continuarSe como Sacerdote, Redentor, Salvador.**

Todo presente en Dios, sin tiempo en su Eternidad eterna, presente estaba en Cristo Vida hecha ya en Él, las almas que habían de perpetuar **en el tiempo** *Su rogo et sanctifico*. El alma oblata, asumida en Cristo, es capacidad donde Él **Se continuará** en ese latido íntimo de Su Corazón Sacerdotal *“rogo et sanctifico pro eis”*.

Desde toda una eternidad, Dios tenía amada en Cristo nuestra existencia, que había de satisfacer al amor sacerdotal de Cristo, al seguir ofreciéndose y OFRECIÉNDOSE, con “un cuerpo capaz de sufrir, a la Voluntad Salvífica del Padre: *“He aquí que he venido...”* (Cf. Hb 10, 5).

Satisface el amor sacerdotal de Cristo, porque toda nuestra existencia **quedó consagrada en Él, Sacerdote Eterno, con la unción victimal, en orden a continuarSE en Su donación plena de amor... y ¡los amó hasta el fin!** Y quedará consagrada en la plenitud de la exigencia exhaustiva que con el Bautismo se grabó en el alma aquel día. Este íntimo latido del Corazón de Dios, es mi alma, tenía que decirse cada uno. Soy, desde toda una Eternidad, y para siempre, alma oblata de Cristo Sacerdote. Este Misterio, está teniendo ahora, en el tiempo, una realidad: **mi vida**. Y es necesario encontrarme oblata tomada por Cristo, que Se ofrece en oblación victimal. Tiene el alma desde muy hondo del Corazón de Cristo, que cargar con la situación de la Iglesia y hacer realidad actual el *“rogo et sanctifico”* de Cristo, que obliga a incesante oración, a oblación victimal hecha vida. Como en aquel momento cuando Cristo en el Cenáculo, viviendo el Misterio, veía un camino de dolor en Ellos y dijo *“por Ellos...”*, *“Y los amó hasta el fin”* (Cf. Jn 17, 9.19; 13,1). Lo mismo ahora ese latido de Cristo, que nos da el ser, tiene una exigencia, y ha de haber una realidad de cruz y muerte. Si contemplamos la Iglesia desde el Corazón de Cristo, con esa mirada, honda y profunda de lo que es la Iglesia: es Él; si contemplamos esos instrumentos -“otros Él”-, esos que tienen la capacidad, por carácter impreso ministerial, de aplicar los méritos de Cristo, de hacer los Sacramentos que son Vida en las almas; si contemplamos ese mundo desde el Corazón de Cristo, y nos sabemos entregados con y en Él, la oración ha de tener una fuerza de entrega, una urgencia de amor sacerdotal que alcance la misma respuesta del Padre: “Quiero” y la oblación se realice.

Hay que ir viendo estos distintos planos de una única realidad: Plan Eterno de Dios sobre mi alma. Me ha dado un ser en orden a ser alma oblata de Cristo Sacerdote, capacidad donde Él se continúe en Su oblación victimal. Y, no puede cambiar. Su Voluntad es inmovible, eterna.

Insondable misterio de ese amor de Dios, que quiso, que me quiso desde toda una eternidad, y me dio un ser. Inagotable amor de Dios que realiza una Redención, entregando a Su propio Hijo. Redimida por Cristo, soy Hija en Él. En Él quedo asumida por el Bautismo, y con Él y en Él amada y exigida. Misterio que no podemos alcanzar. Pero realidad que no podemos ni explicarnos ni discutir.

Hay que hundirse en esa oración de misterio profundísimo, donde el alma queda perdida, cogida, abismada.

Sierva de Dios madre María del Carmen Hidalgo de Caviedes